

EVOCACIÓN DE PACO MAGLIO

Las autoridades del **IV Congreso Internacional de Clínica Médica y Medicina Interna** me han conferido el honor que mucho agradezco de evocar la figura del doctor Francisco Maglio. Tarea fácil y difícil a la vez: fácil porque los que lo conocimos tenemos viva su imagen y su pensamiento; y difícil porque resulta arduo expresar con realismo su figura a quienes no lo trataron.

Intentar una biografía es un descarnado enfoque, pero sirve para encuadrar su recuerdo: Paco nació en la ciudad de Buenos Aires, en el barrio de Boedo, el 24 de abril de 1935. Gozó de una infancia y adolescencia felices en el seno de una familia trigeracional, con abuelos, padres y hermana, felicidad que se prolongó en su edad adulta cuando le correspondió el rol de abuelo, junto a su esposa Adelita, hijos y nietos.

Estudió en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA), donde se graduó y rápidamente se orientó hacia el tratamiento de las enfermedades infecciosas.

En esos años el Hospital Muñiz era la catedral de la infectología y no se habían creado aún los centros de enfermedades infecciosas en los hospitales generales.

El Muñiz asistía a pacientes por lo general con enfermedades graves, condicionadas muchas veces por razones epidemiológicas (el hospital concentraba las derivaciones de todo el país), la falta de medidas de prevención adecuadas y la mayoría de las veces signadas por la pobreza.

Paco se distinguió en su formación como infectólogo y alcanzó el título de especialista y docente en la UBA, además de haberse diplomado en Salud Pública.

Participó en la organización de la Sala de Terapia Intensiva del Hospital Muñiz, donde llegó a ser jefe de unidad. Su vida profesional era el tratamiento de la infectología y los pacientes con enfermedades infecciosas.

Esta aparente redundancia de enunciar infectología y pacientes con enfermedades infecciosas encierra, sin embargo, un profundo significado, con trascendentes repercusiones en su trayectoria vital.

Hacia los 50 años de edad, Paco decidió un cambio copernicano: él, un prestigioso y reconocido infectólogo, decidió abandonar la especialidad y abocarse al estudio formal de la antropología, disciplina que le interesó desde sus primeros encuentros con la enfermedad y los enfermos.

Sería un error pensar que abandonó la medicina, sólo cambió la perspectiva de enfoque. Con la pasión con que hizo todo en su vida, inició cursos de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras; tal era su bagaje de conocimientos y

experiencia que poco tiempo después llegó a ser docente del Departamento de Antropología Médica de esa Facultad de la UBA y más tarde, profesor titular de la Maestría de Ética en la Investigación en la Universidad Abierta Interamericana y presidente de la Sociedad Argentina de Medicina Antropológica.

¿Cuál era la esencia del pensamiento de Paco? En oposición a la creciente cosificación de los actores de la diada médica, en gran medida condicionada por el crecimiento de las especialidades al ritmo de la expansión de los conocimientos biológicos y técnicos, su filosofía insistía en preservar la figura de la persona sana o enferma por encima y más allá de sus padecimientos. A semejanza de Florencio Escardó, tenía la habilidad de crear palabras que en forma sintética expresaban sus ideas; una de las clásicas era “escuchatorio”, en contraposición a interrogatorio (con remotas reminiscencias de lo policial). En el escuchatorio el profesional brinda un espacio de respeto y atención para que el paciente exprese su yo no sólo en lo referente a la enfermedad, sino también en sus aspectos psicológicos, espirituales y sociales; sus afectos sus esperanzas y sus temores; es decir, su condición de persona integral.

La semilla humanista que sembró Paco sin duda germinó en sus muchos seguidores; en numerosos congresos y jornadas científicas era invitado y su palabra jovial era escuchada con atención y seguramente abría pensamientos insospechados que cambiaban vidas.

Para concluir, lo mejor es escuchar la palabra y el pensamiento de Paco en una carta enviada a la doctora Alicia Farinatti, presidenta del Congreso de Antimicrobianos de 1990. En este escrito hace hablar a una tal Esche Richia viuda de Coli, con tono jocoso, quien anuncia el drama microbiológico que el mundo vive en la actualidad.

Decía Paco:

*Carta de una bacteria
Buenos Aires, Argentina.*

De mi bacteriana consideración:

Por los trágicos acontecimientos que son de bacteriano y público conocimiento y a los que seguidamente me referiré, las bacterias que ancestralmente vivimos en el colon de la tribu humana hemos decidido organizarnos frente al enemigo común: la alocada carrera armamentista antibiótica.

Para ello hemos fundado la UNCOBASA, Unión Colónica de Bacterias Saprófitas, entidad de bien bacteriano sin fines de

lucro, con personería peptoglicana en trámite en comicios celebrados limpiamente (es una forma de decir) en Avda. Sigmoides a la altura de la vellosidad 106, y por abrumadora mayoría de fimbrias ha recaído en mi humilde genoma la tremenda responsabilidad de ejercer la presidencia, y como tal es que quiero dirigirme a bacteriólogos e infectólogos de esa prestigiosa institución.

Señora Presidenta, nuestra ahora sufriente comunidad ha conocido épocas mejores. ¡Ah!, aquellos tiempos felices de la armoniosa vida con leucocitos, complementos y anticuerpos, quienes juntamente con nuestros propios sistemas defensivos detectaban precozmente algún invasor a nuestra patria feliz y con un mínimo derramamiento de ADN era rápidamente expulsado.

Ahora, en cambio, crueles anillos betalactámicos aprovechándose de nuestras inocentes porinas desembarcan tomando por asalto cuanta PLP se le ponga por delante no respetando pilis ni marcas, pagando justos por pecadores y quedando vellosidades devastadas y arrasadas. Con seguridad, los ilustrados socios de la benemérita SADEBAC saben bien lo que significa un colon despojado: quién o quiénes ayudarán en la síntesis de vitamina K, en el ciclo de la urea y en los circuitos enterohepáticos, por citar tan sólo algunas de las innumerables ayudas que brindamos a los humanos. Ni que hablar del voluntariado anaerobio, otrora bien nutrido y presto siempre a defendernos y defenderlos del artero ataque de las bacterias de rapiña. Da pena verlos pasar, ahora, con sus paredes acribilladas por humanos pero "inbacterianos" cefalosporinazos.

Para colmo de desgracias, vemos con espanto cómo las lacras de la sociedad de consumo antibiótico han penetrado en nuestra juventud bacteriana: las klebsiellas ya no son aquellas bacteritas traviesas e inocentes, no señora Presidenta, se han prostituido por un par de transposones mal pasados y andan pavoneándose por territorios que no les son propios.

Ni que hablar del vergonzoso espectáculo que ofrecen ciertas bacterzuelas, algunas ya embarazadas con plásmidos de dudoso origen, que andan por recónditas vellosidades provocando a nuestros jóvenes enterobácteres.

Como si esto fuera poco, han aparecido unos coli, terribles y descastados, que arguyendo falsas promesas han inyectado con sus poderosos pilis a nuestras hijas, vírgenes e indefensas, según ellos, una "vacuna", que bien sabemos las bacterias madres que se trata, en cambio, de un poderoso factor extracromosómico de multirresistencia.

Como decía una bacteria amiga en una carta al director de la prestigiosa Revista de Infectología (Vol. 2; p. 56; año 1985) y a la que mucho he seguido para esta comunicación: "Si hasta los clostridios, por tradición laboriosos y honestos, se han puesto difíciles".

Sabemos bien que se nos acusa de betalactamasas; pero, ¿qué podemos hacer frente a despiadados e injustificados ataques, como por ejemplo, el tronar de cañones de una

cefalosporina de tercera generación contra un débil estreptococo en las fauces? ¿No se han dado cuenta del daño devastador que nos producen aquí, a la distancia y en un sitio que nada tiene que ver?

Quisiera verlos a ustedes, mis respetados bacteriólogos e infectólogos, en esta situación, con millones de inocentes muertos, infinitos nichos ecológicos destruidos, millares de colonias desechas, cuando todo esto se hubiera evitado con un poco de nuestra honesta, fiel, segura y barata penicilina.

No queremos la guerra, señora Presidenta, pero no nos obliguen a esta lucha despiadada y cruel en la cual todos perdemos: tenemos una hermosa vida por delante en cooperación y armonía; administren ustedes con prudencia y sabiduría los antibióticos que nosotros sabremos recomendarlos con la saludable eubacteriosis que nos legaron nuestros mayores.

Por todo esto, señora Presidenta, apelando a su condición de mujer, es que le pido, como bacteria y como madre, un alto el fuego.

Sin otro particular, y haciéndole llegar desde estas profundidades nuestros sinceros deseos para el éxito de vuestro Congreso antimicrobiano 90, me despido de usted con mi consideración más bacteriana.

Esche Richia viuda de Coli.

Este era Francisco Maglio y estas eran sus enseñanzas, que atesoramos. [RAM](#)

Antonio Raúl de los Santos

Profesor titular consulto de Medicina Interna de la UBA
Académico de la Academia Nacional de Medicina
